

MI OPCION POR LA JPIC

PRESENTACIÓN

Humildemente presento esta breve historia de mi compromiso por la JPIC a lo largo de mi vida Oblata. Ha sido un trabajo de evangelización a los pobres, aun cuando no siempre he usado la terminología JPIC. Deseo que esta mi experiencia ayude y motive a trabajar por la JPIC.

¿Por qué he estado comprometido en mi vida con la Pastoral de JPIC?

Por mi vocación cristiana y Oblata, siempre he estado al lado de los excluidos y marginados de la sociedad. Me he sentido “enviado a evangelizar a los pobres”.

Los Misioneros OMI estamos comprometidos con el Ministerio de justicia, paz e integridad de la creación como una parte integrante de la misión de llevar la Buena Nueva a los pobres... Se expresa en el lema bíblico de la Congregación: “Me envió a evangelizar a los pobres. Los pobres son evangelizados”(Luc.4,18)

Para entender cómo he vivido mi vida en la “opción por los pobres” desde la JPIC, remito a nuestras CCRR(R9a):

”La acción en favor de la JPIC es parte integrante de la evangelización.

El impulso del Espíritu puede llevar a algunos a identificarse con los pobres hasta el punto de compartir su vida y su compromiso en pro de la justicia; a otros, a estar presentes allí donde se toman las decisiones que influyen en el porvenir del mundo de los pobres.”

Mi “opción por los pobres”, surgió cuando estudiaba en el Seminario oblato de Pozuelo (Madrid), a partir de un cursillo-seminario con otros seminaristas españoles impartido por el sacerdote co-fundador de la HOAC,(Hermandad Obrera de Acción Católica) sobre la opción social por los pobres y en especial, por los obreros, los explotados . Allí cambió mi vida. Me sentí tocado por Dios y surgió en mí la pasión por evangelizar a los pobres, que me ha acompañado toda mi vida. Recordé a mi padre, minero

explotado y accidentado, encontrándome con mis raíces. Y reviví la escasez y la pobreza en mi casa.

Siendo Seminarista, iba los domingos a la Ribera del Manzanares y al Pozo del Tío Raimundo (Madrid) a convivir con los pobres y marginados, que vivían en chabolas. Y les impartía Catequesis todas las semanas.

Cuando me ordené sacerdote, en la estampa de mi ordenación escribí. "Me envió a evangelizar a los pobres"

Después de varios años de Profesor de Teología Moral y Derecho Canónico, me destinaron a Málaga, a la Parroquia de Cristo Rey. Allí entró en crisis mi vocación pastoral. Entonces, el mundo obrero era la gran preocupación de la Iglesia por su anticlericalismo, su alejamiento de la Iglesia, su abandono y su explotación. En España vivíamos en la dictadura de Franco, sin libertades; y los obreros no tenían Sindicatos libres que les defendieran. En aquel tiempo, en línea con la corriente en España, de "sacerdotes obreros", opté por encarnarme en el mundo obrero y pedí autorización al Provincial (F. Martín) para dejar la Parroquia y hacerme sacerdote obrero para evangelizarles. Le expuse mis razones y Él me lo autorizó.

Hice un curso acelerado de instalador electricista para incorporarme a una empresa.

No fue fácil encontrar una empresa que me admitiera a mi edad (37 años) sin ninguna experiencia práctica en el ramo. Por fin, me admitieron en una empresa y me prepararon para llegar a ser oficial instalador.

Entonces fui a vivir con la Comunidad oblata de Bellavista, (Sevilla) Allí estuve varios años dedicándome a trabajar como electricista. Y pertencí a una Comunidad cristiana de Base, donde compartía mi fe. Trabé mucha amistad con los obreros de la empresa donde trabajaba, mi relación era humana y cristiana. Con frecuencia les hablaba de Jesús obrero como ellos y de su Evangelio. En mí veían a una Iglesia cercana, comprometida, solidaria. Una Iglesia que luchaba por la justicia y defendía a los obreros. Yo era su voz ante los jefes de la empresa, arriesgándome por ellos.

Me enrolé en el sindicato obrero clandestino y me comprometí socialmente, en manifestaciones, y reuniones "clandestinas"; todo estaba muy vigilado. La Policía me seguía la pista como a otros sacerdotes obreros de Sevilla. Y un día me citaron a la comisaría

central. Dos horas de interrogatorio. Las preguntas principales fueron estas: “¿Eres Sacerdote? ¿Por qué trabajas? En tu piso hay reuniones clandestinas”. Yo procuré explicarme y salir del paso. Me dejaron marchar. Pero seguía vigilado.

Un día al participar, después del trabajo, en una manifestación contra el paro y por la libertad, me detuvieron, y me encerraron en el calabozo de la Comisaría, durante dos días. Me hicieron interrogatorios larguísimos. Y gracias a que Fraga Iribarne (Ministro del Interior) declaró una amnistía para los detenidos, nos soltaron a todos, poniéndome a mí, no obstante, una multa gubernativa.

El paro aumentaba en Sevilla. Como he dicho, yo era crítico con la empresa donde trabajaba, defendiendo a los aprendices, que eran explotados trabajando duro y con sueldos miserables. Aprovechando el permiso que pedí para ir a Roma al Capítulo General, a la vuelta, me despidieron. Me expulsaron de la empresa claramente por defender a los aprendices de la injusticia patronal.

Busqué trabajo en otras empresas pero pedían informes a la empresa anterior, se descubría que era sacerdote y no me admitían. Tuve que buscar otro tipo de trabajo: recogida de naranjas en el campo, venta de libros por las casas, cobrador de morosos del pago de electrodomésticos, etc. El mundo del trabajo me cerraba las puertas. A pesar de todo, compartí la condición obrera durante 9 años en Sevilla.

Le planteé al Provincial (Fortunato) la posibilidad de ir a Badajoz, al Gurugú, barrio marginado. Allí comencé a colaborar en la Parroquia, Y a la vez, me coloqué en el Ayuntamiento para trabajar en el alumbrado público.. Me inscribí en el sindicato de CC.OO.(Comisiones Obreras) Fuí nombrado Secretario provincial de Formación sindical de CC.OO. Iba por los pueblos de la provincia a dar cursillos de formación sindical a los obreros. A la vez ,me dedicaba,con los Oblatos de la Parroquia, al desarrollo comunitario en el Barrio marginado.

Cáritas Diocesana me invitó a crear una Cooperativa de distintas profesiones (Electricistas, pintores, fontaneros, albañiles). La cooperativa duró un año, porque los miembros no estaban preparados, no tenían espíritu cooperativista. Solo querían y pensaban en ganar dinero, y se creaban tensiones entre ellos.

Formé entonces parte del equipo de Formación en Cáritas Diocesana. Y fui por los pueblos dando charlas sobre formación a los responsables de Cáritas parroquial.

Después de 19 años en el Gurugú, en 1997 me destinaron a la Comunidad de Jaén que necesitaba apoyo y había que reforzar el equipo parroquial.

Allí descubrí otro campo de misión con los marginados. Conecté con el Capellán de Prisiones y, con el acuerdo de la Comunidad Oblata, me enrolé como Capellán, llegando a ser Responsable coordinador de la Pastoral Penitenciaria en la Diócesis de Jaén.

Después de 9 años de Capellán, se cerró la Comunidad de Jaén y dejamos la Parroquia. Nos vivimos a Madrid.

Me destinaron a la Parroquia de Aluche. Pero enseguida, dejando la oveja fiel, me fui en busca de la oveja descarriada. Me incorporé de nuevo a la Pastoral Penitenciaria, siendo Capellán, primero en Navalcarnero, y después en Valdemoro. Tres años después tuve que dejar este Ministerio por razones de salud.

Mi misión en la cárcel, en Jaén y en Madrid, tuvo dos dimensiones: una dimensión espiritual, expresada en las celebraciones litúrgicas y sacramentales y en el anuncio de la Buena Noticia del amor de Dios.

Y una dimensión humanizadora que me llevaba a preocuparme por su situación personal, familiar, social, etc..

Mi presencia en la cárcel quiso ser como la de Jesús. Un acompañamiento desde el amor.

Traté de manifestar el amor de Dios que es liberador y suele provocar en ellos el arrepentimiento de su culpa.

Traté de hacerme cercano, amigo, confidente de sus penas pateando los patios, escuchándoles con el corazón. A veces buscaban en mí al padre, la madre, el amigo que nunca tuvieron.

Traté de ayudarles a rehacer su vida. Hice de terapeuta, como Jesús lo hacía con los pobres de su tiempo, levantando su autoestima, despertando y sosteniendo su esperanza, dándoles razones para seguir viviendo.

Mi misión no se reducía a la cárcel. Hacía de puente y entraba en contacto con su familia, cosa que ellos valoran muy mucho. Y cuando salían en libertad, continuaba nuestra amistad y procurábamos mantener el contacto, sobre todo si eran de la Provincia.

También trataba de informar de lo que pasaba en la cárcel a la sociedad y a la Iglesia, a través de los medios de comunicación, y en mi contacto con la comunidad cristiana. A veces era una voz crítica, denunciando el fracaso de la cárcel tal como estaba concebida, pues no cumplía su fin primordial, la rehabilitación(el 70% reincidía), ni la seguridad del ciudadano. (Solo era un “aparcamiento temporal” del problema).

El 20 de Mayo de 2012 los Oblatos españoles nos unimos con Italia. y Ese mismo año, fui destinado por el Provincial (Alberto Gnemmi) a Diego de León para encargarme de un grupo de Inmigrantes y de Cáritas parroquial.

Fui también nombrado responsable coordinador de JPIC en las Comunidades del Sector español. Pero estuve poco tiempo por razones de salud. Mi preocupación era despertar o avivar en cada oblato la “opción por los pobres”. Después, traté de ayudarles a incorporar esta opción en su ministerio pastoral. Elaboré un cuestionario para trabajar en cada Comunidad, señalando los sectores más pobres de nuestras Parroquias, y sobre cómo evangelizarles desde la JPIC, Después lo hemos ido compartiendo en las reuniones de Zona.

Reflexión final

¿Qué me ha aportado esta opción por los pobres a mi vida cristiana sacerdotal?

1-Mi experiencia en el mundo los obreros

Me encarné en el mundo obrero para evangelizarles, pero a la vez el mundo obrero me evangelizó. Cambió mi vida: mi manera de pensar, mi manera de evangelizar. Ellos me evangelizaron a mí.

Aunque he intentado hacer presente a Dios en las fábricas, en realidad han sido ellos, los pobres, los que me han ayudado a conocer mejor al Dios de Jesús, el Dios de los oprimidos. Me han ayudado a superar el Sacerdocio cultural, y a asumir un Sacerdocio más existencial, como mediador y signo del amor de Dios al oprimido. Fue ahí, donde se desarrolló en mi, una irresistible inclinación por los pobres y abandonados de la sociedad...

Ellos me han humanizado, me han “des-clericalizado”, y me han dado unos ojos nuevos para ver a la gente desde abajo, no desde

“arriba” y desde la superioridad. Me han enseñado a entrar en diálogo con los alejados de la Iglesia, desde una sensibilidad nueva.

Confieso que, a veces, me siento extraño en medios clericales. Su lenguaje y sus preocupaciones me resultan desfasados, de otros tiempos, de otro mundo.

2-Mi experiencia como Capellán de Prisiones

San Eugenio, misionero de los pobres y abandonados, ha sido siempre mi maestro y apoyo en mi opción por los pobres. Casualmente, él también ejerció este ministerio entre los presos de Aix (Marsella), en su juventud, antes de fundar la Congregación.

Confieso que me encantaba este Ministerio. Me ha aportado más de lo que yo aporté. Yo, lo repito, evangelicé a los presos pero también los presos me evangelizaron a mí. Los presos me han humanizado y me han educado el corazón para ser samaritano compasivo y misericordioso. Mi vida y mi mirada han cambiado. Después de haber mirado a los ojos tristes de los privados de libertad, uno mira a los hombres en libertad de otra manera.

Los momentos más bellos de mi vida sacerdotal han sido cuando he hecho de samaritano ante el herido del camino. En especial en mi ministerio como Capellán de prisiones durante 11 años. Y recordando momentos o hechos concretos, diré que fue cuando transmitía el perdón de Dios a los presos, como fruto de una relación cercana y amistosa con ellos. Allí palpé la presencia de un Dios que amaba a aquellos presos, como hijos suyos descarriados. Allí me sentí de veras sacerdote. Y confieso que siempre que trasmito el perdón de Dios a los pobres, me siento plenamente realizado como sacerdote.

Escuché la historia de la vida de muchos de ellos y siempre, al final, pensaba: “no les justifico lo que han hecho, pero les comprendo. Yo, en su lugar, con una historia así, tal vez habría hecho lo mismo”.

Los inquilinos de la cárcel son , sin duda, delincuentes. Pero ante todo son personas. Personas que, en su mayoría, no han tenido sitio en la sociedad, que han nacido y crecido en la desestructuración familiar, la marginación, el paro, la droga, la incultura, la ausencia de valores. El preso es un pobre-pobre, el más pobre entre los pobres.. Acumula sobre sí todos los títulos de pobreza: la económica, cultural, familiar,

física, psíquica, moral y religiosa. La prisión es invisible a la sociedad. Hay distancia geográfica y también sensibilidad.

En la cárcel viven personas con múltiples patologías. A poco que uno entre en contacto con ellos se da cuenta de que son personas que padecen: inseguridad, insomnio, pesadumbre, culpabilidad, inestabilidad emocional, depresiones, temores, miedos, agotamiento mental, angustias, ansiedad, desolación, desconfianza hacia los demás...El poeta Miguel Hernández decía que la cárcel es una “fábrica de llanto”, o un “archipiélago de dolor”.

CONCLUSIÓN

A lo largo de mi vida he realizado la opción por los pobres y la JPIC de varias formas y en distintos lugares: cárceles, mundo obrero, barrios marginados, inmigrantes, Cáritas, etc.

Me he detenido en los dos campos vividos con más intensidad y los que más me han marcado: el mundo obrero y las Prisiones.

Termino esta breve historia de mi vida, dando gracias a Dios por haberme infundido esta vocación de evangelizar a los pobres. Gracias a ellos soy lo que soy y ellos han dado sentido a mi vida oblata.

Otilio Largo, OMI